

EL PERONISMO CORDOBÉS EN LOS NOVENTA: ALGUNAS NOTAS SOBRE IDENTIFICACIÓN NEOLIBERAL Y PRÁCTICA PARTIDARIA¹

Peronism from Cordoba in the nineties: some notes on neoliberal identification and party practices

Juan Manuel Reynares²
Centro de Estudios Avanzados
Universidad Nacional de Córdoba
Córdoba, Argentina
juanmanuelreynares@hotmail.com

Vol. XII, n° 21, 2014, 111-130
Fecha de recepción: 29 de agosto de 2013
Fecha de aceptación: 9 de diciembre de 2014
Versión final: 29 de diciembre de 2014

RESUMEN. El siguiente artículo analiza algunas transformaciones del peronismo de la provincia de Córdoba durante los años noventa, a partir de los desplazamientos de sentido en la figura de una “apertura partidaria”. En 1998, el Partido Justicialista ganó las elecciones generales bajo la organización de Unión por Córdoba, una coalición que incluía sectores empresariales y liberales de la provincia, en términos muy similares a la Unión de Fuerzas Sociales, alianza con la que se presentó en los comicios de 1991. En ambas

¹ El siguiente es un artículo original que forma parte de una investigación doctoral en curso.

² Licenciado en Ciencia Política por la Universidad Nacional de Villa María (UNVM). Actualmente cursa una beca doctoral Tipo II del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), con sede en el Centro de Estudios Avanzados, de la Universidad Nacional de Córdoba.

circunstancias los argumentos esgrimidos se sostuvieron sobre una lectura que consideraba a la sociedad como una distribución plena de intereses sociales que debían ser canalizados hacia la administración estatal. Además de considerar las condiciones organizativas de dichas plataformas electorales, nos interesa interpretar dichas prácticas partidarias como ámbitos en que se desarrollan los procesos de identificación progresiva con el discurso neoliberal.

Palabras clave: peronismo de Córdoba; neoliberalismo; identificación política; apertura; coalición

ABSTRACT. This article analyses some transformations of the peronism from Cordoba during the nineties, taking its cue from the semantic shifts in the feature of a “party opening”. In 1998, the Partido Justicialista won the elections under the label of Unión por Córdoba, a party coalition which included business and liberal sectors, in very similar terms to the Unión de Fuerzas Sociales, alliance with which it presented to the general elections of 1991. In both circumstances, the arguments used depended on a reading that viewed society as a full-fledged distribution of social interest which should be guided into the state administration. We consider here the organizational conditions under which these electoral platforms took place, and we are especially interested in interpreting this party practices as spaces in which progressive identification to a neoliberal discourse is developed.

Keywords: peronism from Córdoba; neoliberalism; political identification; party opening < coalition

Introducción

En diciembre de 1998, en elecciones anticipadas dispuestas por el entonces gobernador de la provincia de Córdoba, Ramón B. Mestre, resultaba victoriosa la fórmula De la Sota-Kammerath, a la cabeza de una alianza denominada Unión por Córdoba (UPC), conformada por el Partido Justicialista (PJ), la Unión de Centro Democrático (UCEDÉ) y Acción para el Cambio (APEC), además de partidos vecinalistas menores. Así, el peronismo cordobés, nucleado en el Partido Justicialista, llegaba al gobierno provincial luego de 15 años de administraciones radicales, e iniciaba una serie de victorias que se continúa hasta la actualidad. Lo hacía de la mano de una coalición que reunía a otros actores partidarios menores de la provincia, representantes del liberalismo, empresarios e “independientes”.

Los análisis históricos existentes sobre el peronismo una vez en el gobierno a fines del siglo XX, como así también los estudios de la historia reciente del peronismo mediterráneo más en general, poseen dos notas características. En primer lugar, solo se han detenido en dos momentos puntuales de su trayectoria: la denominada Renovación Peronista que señaló el recambio de su coalición dominante

en 1987 (Closa, 2010) y la reforma del Estado provincial de 1999. En segundo lugar, y en relación a este último momento, estos estudios han caracterizado al proyecto del peronismo provincial a la cabeza de UPC como parte del giro neoliberal promovido por el menemismo a nivel nacional a principios de los noventa (Di Rienzo, 2009; Closa, 2010). En este sentido, la ausencia de estudios sobre esa docena de años que separan uno y otro momento se completa con la caracterización de la propuesta del peronismo cordobés en 1999 como expresión local del mismo giro neoliberal menemista. Sin embargo, estos acercamientos no toman en cuenta el hecho de que a fines de la década de los noventa, el gobierno menemista era objeto de múltiples críticas a nivel nacional, e incluso había sido derrotado en las legislativas de 1997. Por lo tanto, describir al proyecto político de UPC como traslación local del fenómeno menemista no se condice con el carácter extemporáneo que tuvo la llegada del peronismo cordobés al gobierno provincial. Ello nos enfrenta entonces con una interrogante que sirve como puntapié inicial de nuestra investigación.

Durante 1998, el peronismo cordobés construyó un relato que legitimaba la constitución de Unión por Córdoba bajo un mensaje de apertura partidaria y defensa del mercado articulado al discurso neoliberal. Distanciándonos de los análisis que sostienen que el peronismo cordobés únicamente fue una versión provincial del menemismo, en este trabajo pretendemos profundizar y problematizar esa caracterización neoliberal de UPC. Así, nos preguntamos cuáles fueron las condiciones de posibilidad mediante las que el peronismo en la provincia de Córdoba se organizó en una alianza que enfatizaba el carácter abierto de su estructura partidaria y la inclusión de representantes que demandaban apertura económica y reforma estatal, en momentos en que este discurso ya comenzaba a ser criticado a nivel nacional por distintos actores políticos y sociales.

Para responder a la interrogante sobre las condiciones de posibilidad de la propuesta política de Unión por Córdoba, comenzaremos este artículo describiendo el proceso por el cual De la Sota, dirigente peronista de larga trayectoria local, logró aglutinar durante 1998 en torno suyo la coalición dominante que posibilitó la cohesión de la organización partidaria del peronismo, el Partido Justicialista de la provincia de Córdoba. Nos interesa subrayar allí que durante dichos acontecimientos la decisión por conformar Unión por Córdoba no fue producto exclusivo de un cálculo estratégico por parte de su dirigencia, sino que se volvió verosímil a partir de la trayectoria identitaria del peronismo cordobés en la década precedente. A partir de allí, nuestra atención se centrará en dos momentos de la historia reciente de este actor político en que los formatos organizativos electorales fueron objeto de discusión interna: las elecciones generales de 1987 y las de 1991. De esta manera, analizaremos los significantes puestos en juego en la legitimación de la defensa del partido en 1987, y más tarde los utilizados para fundamentar la apertura partidaria bajo la figura de la *unión*, tanto en 1991 como en 1998. En derredor de la repetición y desplazamiento de estos significantes nos interesa observar las dinámicas ideológicas que marcan la identificación del peronismo cordobés con un discurso hegemónico neoliberal más allá del menemismo

a nivel nacional, apoyándose sobre una dicotomía entre una interpretación de la sociedad como entidad transparente y plena, y del Estado como institución corrupta y distorsiva.

Unión por Córdoba: coalición dominante y apertura

A mediados de 1998, y en medio de disputas internas sobre la definición de los candidatos para las elecciones provinciales de fines de ese año, el Partido Justicialista cordobés se erigió como núcleo de una alianza interpartidaria, conocida como Unión por Córdoba, que contaba con la Unión de Centro Democrático (UCEDÉ), Acción Para el Cambio (APEC) y otros partidos vecinalistas menores de localidades del interior como Río Cuarto, Carlos Paz, General Deheza, Río Ceballos y Unquillo. A través de este acuerdo se dio forma en el Partido Justicialista local a una coalición dominante que modificó el panorama interno de fragmentación y competencia que había impedido, desde principios de esa década, la existencia de un portavoz de la organización partidaria legitimado por las urnas y por la mayoría de los dirigentes.

Si bien en las elecciones internas de 1997 se había definido la presidencia del Consejo Provincial del Partido Justicialista cordobés con la victoria de la línea interna dirigida por José Manuel de la Sota, ello no implicó la resolución de los enfrentamientos y fragmentación internos que marcaron la década. Recién en julio de 1998 es posible hablar de la conformación de una coalición dominante al interior del partido, o al menos de los primeros pasos en esa dirección, en el momento en que De la Sota se erigió como el artífice de Unión por Córdoba. En ese proceso, al mismo tiempo que aunó bajo su dirección a un grupo de dirigentes que había disputado la conducción de la organización en los últimos años —Schiaretti, Bucco, Dómina, Alarcía—, marginó a otros portavoces en disputa como H. Roggero o J.C. Aráoz³.

A su vez, el sector dirigido por De la Sota logró el control de ciertas actividades vitales para la organización⁴. Con respecto a la normativa partidaria, a

³ Juan Schiaretti había entrado a la disputa intrapartidaria de la mano del exministro de Economía de la Nación, el cordobés Domingo Cavallo, al ganar las internas partidarias de 1993 y ser elegido como diputado nacional en esa ocasión, sin lograr, sin embargo, la cohesión necesaria para organizar al partido. Jorge Bucco, intendente de San Francisco, había formado parte de diversas coaliciones con dirigentes secundarios, como Schiaretti, pretendiendo la dirección del Partido Justicialista provincial. Esteban Dómina también se había aliado con los dos anteriores, y poseía apoyos propios en el territorio de la capital provincial. Humberto Roggero lideraba el peronismo de Río Cuarto, y había sido presidente del Consejo Provincial del Partido Justicialista entre 1995 y 1997 a partir de un acuerdo dirigencial. Tanto Julio César Aráoz como Martha Alarcía se disputaban la “representación” del presidente Menem en la provincia. La última era hija una vieja dirigente, Leonor Casari de Alarcía, que había acompañado las pretensiones presidenciales de Menem desde mediados de los ochenta, mientras que Aráoz fue funcionario de las gestiones menemistas y mencionaba un contacto directo con el ejecutivo central.

⁴ El análisis organizacional de la vida interna de los partidos apunta que existen zonas de incertidumbre de la organización. Las más importantes son, según Panebianco (2009: 84), “la competencia, la gestión de las relaciones con el entorno, las comunicaciones internas, las reglas

través de una discutida reforma de la Carta Orgánica, se habilitaba a De la Sota como presidente del Consejo Provincial, a modificar 20 por ciento de la lista de cargos legislativos luego de las internas. Al mismo tiempo, introducía el sistema de lemas y sublemas en las internas partidarias del distrito capital (*La Voz del Interior*, 19/07/1998). De esa manera, se cristalizaba la capacidad de De la Sota para negociar con el resto de los actores, tanto intrapartidarios como dentro de Unión por Córdoba, la definición de la lista de candidatos para las elecciones próximas, y se multiplicaba las posibilidades de arrastre electoral mediante el sistema de lemas, sobre todo en la capital provincial, donde se perfilaban varios competidores por la candidatura a la intendencia. A pesar de que existieron críticas importantes de sectores opositores, como el de Roggero, o incluso de aliados como Schiaretti, finalmente se aceptaron todas las transformaciones propuestas.

En cuanto a las relaciones con el entorno, De la Sota se consolidó como portavoz del Partido Justicialista frente al gobierno provincial, confrontando con el gobernador Mestre sobre las fechas de las elecciones (*La Voz del Interior*, 02/04/1998). Respecto de la dirigencia nacional, organizó el acto partidario con que el presidente Menem pretendía reforzar su proyecto reeleccionista en la ciudad serrana de Cosquín (*La Voz del Interior*, 20/06/1998). A ello se agregaba la buena relación con los principales dirigentes de las organizaciones partidarias cercanas, como Germán Kammerath (UCEDÉ) o Alfredo Keegan (APEC) y los técnicos que desarrollaron su programa de gobierno. En efecto, la figura de De la Sota logró reunir economistas cordobeses con amplia trayectoria en organismos financieros internacionales, como Humberto Petrei o José María Las Heras⁵.

También la disposición de los recursos para financiar la práctica partidaria se había logrado a través del acuerdo con el gobierno nacional, además del control del aparato territorial de Capital y algunas localidades como San Francisco, Río Tercero y Jesús María⁶.

De este modo, entre 1997 y 1998, De la Sota logró ubicarse como centro de la coalición dominante del Partido Justicialista, al reunir en su persona y en su grupo dirigencial más cercano, el control de los principales recursos organizacionales del partido. En ese contexto de mayor estabilidad y cohesión organizativa, en agosto de 1998, se presentó la coalición de Unión por Córdoba, defendiendo una opción electoral que trascendiera las divisiones partidarias y se abriera a la sociedad. Según la interpretación de sus dirigentes, dicha orientación se inscribía en la tradición del peronismo de concurrir a las elecciones a la cabeza de frentes populares que convocaran diversas expresiones sociales.

formales, la financiación de la organización y el reclutamiento". Los actores que logren el control de estas, que es acumulativo pero simultáneamente está abierto a la disputa interna, integran la coalición dominante del partido (Panbianco, 2009: 91).

⁵ Este último dato fue aportado en una entrevista personal con J. M. Las Heras, realizada el 30 de abril de 2013.

⁶ Seguimos en este punto a algunas de las conclusiones de Steven Levitsky (2005) sobre la financiación de la actividad partidaria. La principal fuente de recursos provenía del propio Estado, en este caso nacional, como también de las intendencias bajo control justicialista.

Así, De la Sota podía apuntar en una entrevista, ante la pregunta por una posible alianza con la UCEDÉ:

Siempre hemos sido proclives a la apertura. Creemos que hay que reemplazar a los políticos radicales por hombres y mujeres de la cultura, del empresariado, del trabajo, de las universidades y de la política de todos los sectores sociales. Hay que crear un gobierno de unidad provincial para reemplazar al gobierno de comités radicales (LaVoz del Interior, 21/06/1998, versión digital).

La convocatoria a la apertura se le imputaba a la esencia del peronismo, y en particular al peronismo de Córdoba. Se dirigía a ámbitos específicos, como la cultura, el empresariado o las universidades. Pero también existía la posibilidad de participación independiente. En este último caso, en el cuerpo del Programa de Gobierno de Unión por Córdoba era posible leer lo siguiente:

Unión por Córdoba quiere gobernar. Sabemos qué queremos. Y cómo hacerlo. Nos acompañan prestigiosos equipos técnicos. Son profesionales del Justicialismo, UCEDÉ, APEC y MAC. Y también participan muchas mujeres y hombres independientes... (Programa de gobierno "Córdoba Nuevo Siglo", p. 2).

Profesionales de distintas extracciones analizaron la factibilidad de su contenido. De su esfuerzo surgió el programa Nuevo Siglo estructurado en veinte ejes temáticos relacionados con la acción de gobierno. Las discusiones interdisciplinarias llevadas a cabo, aseguran su consistencia teórica y la posibilidad de su realización. El intercambio de ideas con nuestros candidatos y la participación de la gente en su ejecución asegura el éxito de nuestro futuro gobierno (idem, p. 4).

E incluso en la nómina de Equipos Técnicos y Profesionales de UPC se dejaba en claro: "Los profesionales que se incluyen, en ciertos casos, lo hacen a título de independientes, como colaboradores técnicos de las propuestas presentadas" ("Equipos Técnicos y Profesionales", p. 11).

La propuesta de un gobierno de unidad, con técnicos independientes, con "gente de diversos ámbitos sociales" era la contracara de la desconfianza ante los "políticos de comité". La alianza no se agotaba en los partidos que la conformaban, sino que se caracterizaba como una plataforma para que los independientes, técnicos, profesionales, provenientes de diversos espacios de la sociedad local, aportaran para el desarrollo de un proyecto abarcador.

Ahora bien, ¿cómo podemos explicar la propia definición de Unión por Córdoba, su configuración y los actores que la integran? Es decir, ¿cómo podemos comprender la decisión de dar forma a una expresión electoral como Unión por Córdoba, una vez que el partido estaba organizado en torno a la coalición liderada por De la Sota?

Hasta aquí hemos comprendido el modo en que De la Sota logró ordenar el Partido Justicialista bajo su liderazgo. Sin embargo, ello no nos permite comprender las causas por las que se decidió dar forma a Unión por Córdoba, bajo una justificación que ponía en juego cierta interpretación neoliberal sobre lo que se consideraba que era la política, la representación, los partidos y la sociedad. Si bien el análisis de las estrategias de los agentes involucrados puede proveer cierta inteligibilidad sobre el proceso de construcción de la coalición dominante en 1998, poco puede decirnos sobre las razones con que se fundamentó la opción electoral de Unión por Córdoba. Es por ello que para buscar las condiciones de posibilidad de esta coalición, tendremos en cuenta la trayectoria político-simbólica del peronismo durante los noventa, y cómo a lo largo de esos años previos se fue dando forma a una identidad neoliberal, con implicancias claras en sus prácticas partidarias.

En efecto, si retomamos las últimas campañas del peronismo cordobés, la definición de la “apertura” como método para la presentación electoral del peronismo cordobés no era novedosa, como el mismo De la Sota apuntaba en el fragmento citado más arriba. Ella retomaba la experiencia electoral de 1991, cuando el sector renovador liderado por De la Sota fue el aglutinador de un conjunto de extrapartidarios, dirigentes de organizaciones intermedias y de partidos liberales menores, en la llamada Unión de Fuerzas Sociales (UFS)⁷. En efecto, durante ambas campañas se hicieron uso de significantes similares como *apertura partidaria*, *corrupción estatal* y *ciudadanos independientes*. Por lo tanto, al detenernos en el modo en que se construyó una lectura legítima de esta Unión de Fuerzas Sociales en 1991, podemos observar algunas transformaciones que se recuperan a fines de la misma década. Analizando esas reiteraciones, que son a un tiempo desplazamientos y repeticiones, haremos hincapié en algunas implicancias ideológicas que nos permiten contribuir a una mejor comprensión de la emergencia de Unión por Córdoba en 1998, y por lo tanto de su especificidad.

No obstante, antes de comenzar dicho análisis explicitaremos algunas de las opciones ontológicas y epistemológicas que lo sustentan. Estas se encuentran comprendidas bajo el horizonte postestructuralista, y más en general, en el escenario abierto por la introducción del giro lingüístico en las ciencias sociales. Ello nos habilita a realizar algunos desplazamientos en la literatura canónica sobre las instituciones partidarias. En efecto, existe una extensa bibliografía sobre estas, su dinámica interna y su relación con el entorno (Abal Medina, 2010; Katz y Mair, 2004; Leiras, 2007; Levitsky, 2005; Mair, 1997; Panebianco, 2009; Shaw, 1996). En general, tales estudios presuponen una cesura ontológica entre el “contexto de ideas” y la “institución”, y poseen dificultades para poder comprender los procesos de cambio político (Rothstein, 2001; Reynares, 2012b). En nuestro caso, entendemos que toda institución, como los partidos políticos, se encuentra atravesada

⁷ Incluso *La Voz del Interior* mencionaba el hecho de que Unión por Córdoba venía a ser “una suerte de reedición de la Unión de Fuerzas Sociales” (LVI, 20/08/1998). También en LVI, 26/08/1998, y LVI, 12/10/1998.

constitutivamente por una dimensión ideológica. Para estudiar dicho atravesamiento recurrimos a la categoría de línea política, utilizada por Panebianco de manera marginal (2009: 96), y la definimos como el relato de los dirigentes partidarios —en tanto representantes de ese actor político— sobre lo que sucede, y lo que se proponen hacer a partir de ese diagnóstico, en una coyuntura de relativa duración, de forma tal de adquirir legitimidad y poder ser considerados como representantes de la identidad colectiva. Esa línea política, y sobre todo su efectividad, es el resultado de los efectos que la sobredeterminación hegemónica tiene sobre la institución partidaria, ofreciéndose como una interpretación constitutiva del sentido que ese actor político posee en un escenario político determinado.

De este modo, la perspectiva de análisis de la que hacemos uso parte por considerar a las instituciones como prácticas sociales sedimentadas, y por lo tanto nunca posibles de clausurarse en una esencia primera (Laclau, 2000). Lejos de ello, todo partido como institución política requiere de cierta línea política, es decir, de una traducción llevada adelante por la coalición dominante que le dota de cierta legitimidad y que adquiere la forma de una argumentación persuasiva, involucrando por ello una serie de identificaciones ideológicas y discursivas (Reynares, 2012b).

Así, el análisis de los significantes que estructuran una línea política nos permite observar los desplazamientos y las repeticiones con que un actor partidario dota de sentido a su propuesta política. Ello presupone el carácter siempre fallado de la institución partidaria, ya que la línea política completa precariamente su sentido a partir de una articulación política —y por lo mismo, ideológica, dinámica y conflictiva—, con discursos políticos que sean disponibles y creíbles. Es en este punto que el uso de ciertos significantes en una línea política, en relación con un entramado más amplio de sentidos, nos muestra la sobredeterminación ideológica, es decir, la preeminencia simbólica de ciertos discursos sobre otros en los procesos de identificación política (Laclau, 2005).

Al analizar las líneas políticas de cada una de las campañas de 1991 y 1998, rastreando allí la iteración⁸ de algunos de los significantes centrales del discurso, se vuelve posible estudiar la consolidación de un sujeto político que desplaza parcialmente los sentidos de sus prácticas. Por ello ese juego iterativo es el escenario que habilita el análisis del sujeto político y su progresiva y conflictiva identificación política con un discurso hegemónico neoliberal. En lo que sigue nos detendremos en los diversos modos con que se dotó de sentido a los significantes de “partido” y “representación” a lo largo de la historia política reciente del peronismo cordobés, específicamente en las campañas de 1987 y 1991, para comprender la definición

⁸ La iterabilidad, noción propia de la obra de Derrida (1989), de toda práctica significativa, en este caso, de la institución como práctica social sedimentada, implica que no es posible reducir cada una de sus inscripciones a un sentido primero, esencial y originario, sino que cada vez que es llevada a la práctica, existe la posibilidad de modificar su sentido, esto es, *repetirlo transformándolo*. La iterabilidad nos habilita a analizar tanto las transformaciones del sujeto político en su dimensión institucional como en el “entorno” o “ambiente” con que se articula.

de Unión por Córdoba en 1998 como parte de una trayectoria de identificación neoliberal.

La apertura en 1991: del pueblo en el partido a la expresión sin mediaciones

Entre 1987 y 1991: variaciones sobre el partido

A partir de la implementación de la Ley de Convertibilidad, en marzo de 1991, la mayoría de los dirigentes del peronismo cordobés había estrechado su apoyo al gobierno nacional. Tanto De la Sota como otros dirigentes secundarios de la renovación peronista de Córdoba habían hecho explícitos ciertos cambios en sus posiciones políticas, pasando de un apoyo tibio al respaldo de la estabilidad que había seguido a la Ley de Convertibilidad, lo que aseguraba la previsibilidad del proyecto político del peronismo nacional (*La Voz del Interior*, 31/03/1991, p. 6 A).

En ese contexto, la campaña de septiembre de 1991 fue, como todo fenómeno político, el resultado de una multiplicidad de elementos heterogéneos. La definición de los candidatos había surgido de un largo y cambiante proceso de negociación entre la dirigencia nacional, con el presidente y su hermano, Eduardo Menem a la cabeza, y los portavoces de las principales líneas cordobesas, De la Sota, Alarcía y Aráoz⁹. Finalmente, De la Sota aceptó ser candidato a gobernador, y las listas legislativas se repartieron entre sus representantes y los del alarcismo, mientras Aráoz fue desplazado en las negociaciones (*La Voz del Interior*, 29/05/1991, p. 4 A). De esta manera, el sector de dirigentes y afiliados cercanos a De la Sota fue el más beneficiado en el proceso y sobre él recayó la organización de la campaña.

En esta ocasión, fue la primera vez que el peronismo cordobés estructuró la campaña a través de una agencia de *marketing* electoral, brasileña en este caso, dejando de lado los institutos de asesoramiento técnico del peronismo como el de la Fundación para el Proyecto Argentino (FUNDEPA), que había participado en la organización de la anterior campaña, en 1987. De la Sota, portavoz del peronismo a lo largo de la campaña y apoyado por la estructura institucional local, planteó una estrategia electoral que pretendía estar signada por la novedad. Así, a fines de mayo de 1991, y en torno a la discusión por su definición como candidato del Partido Justicialista cordobés, De la Sota expresaba:

⁹ José Manuel de la Sota había sido candidato a intendente capitalino en 1983 y a gobernador en 1987, siendo derrotado en ambas ocasiones. En el momento de la elección de 1991 era embajador en Brasil y guardaba una relación distante con el gobierno nacional. Por su parte, Leonor Casari de Alarcía era diputada nacional y reconocida como la representante local del menemismo. Julio Cesar Aráoz era ministro de Desarrollo Social y fue funcionario de gran importancia en la administración nacional.

Me gustaría incorporar a muchas figuras más de la vida de Córdoba, en una unión de fuerzas sociales que exprese el conjunto de los cordobeses... [nunca sería candidato de] un partido cerrado, autosuficiente, que sólo sirva para que entre políticos se peleen las candidaturas (La Voz del Interior, 29/05/1991, p. 4 A).

Y más adelante consideraba que:

Los partidos políticos en Córdoba son cerrados, sólo sirven para la disputa entre los dirigentes y originan gobiernos cerrados que terminan enamorándose del Estado y olvidándose de resolver los problemas de la comunidad. Y lo que es más grave, cuando están muchos años terminan sintiéndose propietarios del Estado que la gente les confió para que administren. Nosotros estamos haciendo un cambio profundo, una apertura social amplia en la coincidencia sobre temas concretos de los hombres y mujeres prestigiosos de los actores sociales... (La Voz del Interior, 23/06/1991, p. 7 A).

Desde un primer momento, las palabras de De la Sota pretendían definir una línea política en que la figura del *partido político* se asumía en una posición negativa, donde los integrantes del partido no representaban nada. Por el contrario, eran caracterizados como individuos apartados de la sociedad, con intereses y estrategias propias en torno a la obtención de cargos (“candidaturas”). Frente a tal diagnóstico, era necesario llevar la sociedad al gobierno, lo que se constituía en la única posibilidad de representación de intereses en la toma de decisiones en el ámbito estatal.

Ahora bien, esta manera de interpretar al partido era relativamente novedosa dentro del peronismo cordobés, ya que durante la emergencia y consolidación de la renovación peronista, a mediados de los ochenta, el lugar que debía ocupar el partido político era muy diferente. En aquel entonces, lo que los sectores renovadores buscaban fortalecer era la interpretación del partido como una institución indispensable frente a la lectura peronista ortodoxa que privilegiaba al “Movimiento peronista”, relegando al partido al rol de mera “herramienta electoral”.

En ese sentido, la defensa renovadora del partido se articulaba con la propuesta de elección interna de las autoridades partidarias, rechazando figuras típicas del peronismo como el “tercio sindical” y el “verticalismo” que eran entendidas como huellas del “corporativismo” que debía ser eliminado del peronismo para *renovar* las estructuras y el mensaje peronistas en el retorno de la democracia (Reynares, 2012a). En el marco de la hegemonía democrática encarnada por el discurso del entonces presidente Alfonsín, se volvía necesario transformar al peronismo oponiendo a la cadena “ortodoxia-movimiento-presencia sindical-corporativismo”, los significantes hegemonizados de “renovación-partido-elección interna-democracia”. Aun así, la interacción profusa con la sociedad más allá del partido era introducida en la postura renovadora como la diferencia con el radicalismo gobernante de Alfonsín. Pero tal relación debía ser canalizada por el partido.

De allí que De la Sota como principal exponente de la renovación en Córdoba expresara en 1985:

El peronismo es movimientista porque trata de reemplazar la teoría liberal de la representatividad política exclusiva y excluyente que circunscribe la democracia al aparato del Estado y a la renovación de quienes ejercen el poder en ese aparato, por un protagonismo popular permanente [...]; a los que queremos construir más que discutir, nos interesa que haya un aparato partidario lleno, que pueda generar un movimiento pleno de ideas y de discusión que permita avanzar en la discusión social (Revista Unidos, abril de 1985, n° 5).

En ese momento, el partido debía conjugar la vivacidad del movimiento popular que era el peronismo con la institucionalidad democrática. En 1987, el Partido Justicialista cordobés se presentó a las elecciones provinciales encabezando el Frente Justicialista Renovador (FREJURE), en alianza con la Democracia Cristiana, en continuidad con una tradición frentista y de convocatoria a diversos sectores sociales. Tanto a nivel provincial como nacional, la crítica frente al radicalismo gobernante se dirigía a la figura del Estado de Derecho “liberal”, proponiendo entonces un Estado de Justicia que lo superase. Sin relegar la consolidación institucional democrática, el peronismo podía ir más allá y resolver los problemas que existían en la profundidad de la realidad social, a la que solo él podía acceder. La renovación cordobesa reunía, en consonancia con otras experiencias renovadoras provinciales como la bonaerense liderada por Antonio Cafiero, la dimensión de transformación popular y conciliación nacional cuya ambigüedad es propia del peronismo (De Ípola y Portantiero, 1989). Ello era posible sobre la base de dos presuposiciones. En primer lugar, la diferenciación entre lo social como el espacio de lo genuino, por un lado, y lo meramente estatal como un lugar incompleto, necesario pero no suficiente, por el otro. En segundo lugar, la representación de sectores sociales relegados organizados en frentes electorales donde el partido debía convivir dinámicamente con la *actividad popular*.

En 1987, por lo tanto, el partido era una institución a consolidar, en el marco más general de la transición democrática. Pero a mediados de 1991, en cambio, el partido debía dar lugar a la expresión de distintos sectores sociales, en una reivindicación de la sociedad, sin mediaciones, fortalecida y limpia de los vicios de la política, es decir, la “rosca” y negociación individual de los “políticos”. En los momentos de emergencia y consolidación de la renovación, a mediados de los ochenta, el partido se mantenía como un actor central para la consolidación institucional de la democracia. Aun así, debía promover la participación del pueblo, por lo que entre el partido y los actores sociales debía haber “discusión” para diferenciarse de formatos partidarios excluyentes¹⁰. Tal tensión entre la institución y

¹⁰ Esa “vocación frentista” permitió la inclusión en las listas de candidatos a diputados nacionales de 1987 de un extrapartidario, el economista Domingo Cavallo, quien dirigía el Instituto de Investigaciones de la Fundación Mediterránea. Ello puede entenderse como el primer

el protagonismo popular desapareció en la línea política sostenida por De la Sota en 1991. A partir de ese desplazamiento no sólo el partido era caracterizado en términos absolutamente negativos, sino que la participación se veía parcialmente desplazada por la canalización de demandas sectoriales de ciertos “hombres y mujeres prestigiosos” de la sociedad local.

La propuesta del peronismo en 1991, enunciada por De la Sota, estaba atravesada por la caracterización negativa de lo político y su contraparte en la defensa de lo social. En 1987, durante las discusiones internas entre los sectores renovador y ortodoxo, también existía una discriminación entre la sociedad y el Estado. La primera era el reservorio privilegiado de la realidad profunda, verdadera, que únicamente el peronismo podía representar, mientras el segundo se limitaba a las instituciones jurídicas. En 1991, se registró un desplazamiento que retomaba —pero modificaba al mismo tiempo— el sentido de esta diferencia entre lo estatal y lo social, produciéndose así una iteración de ese significante. Ello da cuenta de una progresiva articulación ideológica con cierta lectura que se expandió en el espacio público a partir del trabajo de difusión de técnicos economistas durante la década de 1980 (Camou, 1998; Beltrán, 2008; Morresi, 2009).

Precisamente, en la constitución de un lenguaje tecnocrático sobre la política, esta se circunscribía a las instituciones y los políticos, quienes, debido a su egoísmo y corrupción, introducían la distorsión en el mercado como estructura básica de la sociedad. La economía, como ciencia exacta, permitía conocer la dinámica del mercado, sus problemas y por lo tanto las soluciones necesarias, a partir de un método objetivo (Reynares, 2012 c: 90-92). La expansión, acentuada a fines de los ochenta, del relato tecnocrático y la hegemonización de un discurso centrado en la técnica y la transparencia de lo social posibilitó que el portavoz del peronismo local construyera su línea política retomando significantes presentes en la dimensión tradicional del sujeto para rearticularla ideológicamente, provocando así importantes transformaciones identitarias.

La Unión de Fuerzas Sociales como pura expresión de intereses

De esta manera, la línea política del peronismo cordobés hacía uso en la campaña de 1991 de una serie de significantes creíbles y que estaban disponibles en el espacio público, desplazándose parcialmente de su tradición identitaria (Aboy Carlés, 2001). Esta línea política se sostenía sobre una diferenciación de la sociedad con respecto al Estado en que la representación se planteaba como una correa de transmisión entre las demandas sociales de individuos y la institucionalidad estatal. No habría, bajo esa configuración de sentido, lugar para la acción del partido, ya que la representación se agotaba en las demandas derivadas de la especificidad de cada sector. De esa forma, un actor político legítimo era aquel que reuniera a los portavoces de cada uno de esos sectores y les permitiera hacerse del control del Estado para su correcta administración. Esa sustracción del lugar del partido

acercamiento del peronismo cordobés a sectores empresarios locales que planteaban demandas de mayor desregulación económica.

se debía a la caracterización de la sociedad como una distribución saturada y transparente de diferencias sociales cuyo orden no era discutido, y sobre la cual la única operación posible era la expresión de sus intereses.

En función de esta caracterización de lo político y lo social, la nómina de candidatos del peronismo cordobés durante la elección provincial de 1991 incluyó representantes de diversos sectores sociales. De esa manera, el candidato a vicegobernador fue Carlos Briganti, un dirigente ruralista de la Confederación de Asociaciones Rurales de la Tercera Zona (CARTEZ). El primer lugar de las candidaturas para la Cámara de Diputados nacionales fue para el empresario Juan Carlos Crosstelli, perteneciente al Grupo Minetti, mientras que para la legislatura provincial había lugares reservados para Rafael Vaggione y Arnaldo Lamisovsky, decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Córdoba y dirigente de la comunidad israelita, respectivamente. Sofanor Novillo Corvalán, un reconocido intelectual liberal, junto con Gumersindo Alonso como candidato a senador provincial por Río Cuarto, eran otros extrapartidarios, aunque estos últimos tenían la particularidad de ser afiliados de la UCEDE.

De este modo, se profundizaba la separación entre los partidos y el Estado, por un lado, y la sociedad, por el otro, cuyos problemas debían ser resueltos por el gobierno. Y en ese establecimiento de diversos ámbitos, la *representación* dejaba de cumplir un papel relevante en la definición de la línea política del peronismo. Tanto así que su propuesta aparecía como una apertura a la sociedad para *expresar* a cada uno de estos sectores a través de candidatos cuya legitimidad provenía de su prestigio fuera de la militancia partidaria.

Además de los sectores sociales locales con demandas ya establecidas, el electorado independiente asumía un lugar central en esta configuración de sentido. Ello lo podemos observar cuando algunas de las candidaturas locales fueron decididas mediante elecciones internas, como fue el caso de la ciudad de Córdoba. Allí el candidato propulsado por De la Sota era un reconocido arquitecto, Hugo Taboada, quien estaba al frente de APEC, un pequeño partido fundado hacia 1988 y que estaba formado por antiguos militantes del MID¹¹. Por su parte, Alarcía presentaba un candidato de amplia trayectoria dentro del peronismo, A. Balestrini (*La Voz del Interior*, 30/06/1991, p. 5 A).

La victoria en la interna de Taboada fue conseguida con 60% de los votos, en una jornada marcada por la numerosa afluencia de extrapartidarios, que significó prácticamente la mitad de los sufragios. Al hablar sobre su triunfo, Taboada consideró que su “candidatura expresa en forma visible la apertura de De la Sota [...] mi triunfo es el de esta propuesta peronista para la masa independiente” (*La Voz del Interior*, 01/07/1991, p. 5 A).

¹¹ Taboada había sido comisionado municipal entre julio de 1969 y abril de 1970, nombrado por el interventor federal Roberto Huerta durante la dictadura militar de Onganía. Ejerció como secretario de asuntos políticos del Ministerio del Interior en 1971. En 1983 y 1987 fue candidato a intendente por el Movimiento de Integración y Desarrollo (MID). Era muy recordado por varias transformaciones urbanísticas en la ciudad, como la peatonal céntrica y la agilización del tránsito vehicular en la misma zona.

De la Sota expresaba, ante la victoria de su candidato y el apoyo de votantes no peronistas, que “la gente no quiere un tiempo radical ni uno peronista, sino un tiempo cordobés, donde los partidos tengan su espacio pero donde los independientes sean tanto o más importantes” (*La Voz del Interior*, 01/07/1991, p. 6 A). Tanto en la figura novedosa de los *independientes* como en la definición de la *gente*, e incluso en la de *masa*, se observa la misma configuración de sentido que venimos rastreando en torno a la preeminencia de la noción de *expresión* por sobre la de *representación*. Los votantes independientes¹² se configuraban como un nuevo actor político a *expresar* mediante la inclusión de un candidato por fuera del aparato partidario. Se interpretaba al independiente como un agente que actuaba por voluntad y decisión propias, sin condicionamientos partidarios. Era así el hombre común que tenía una relación distante y cambiante con la política, reacio a votar por los partidos políticos por motivos de fidelidad o de afinidad ideológica. El independiente como categoría electoral era posible en una configuración de sentido que comprendía a la sociedad como un conjunto desarticulado de individuos que actuaban frente al voto según una lógica de mercado.

De esta manera, tanto la apertura institucional que se observaba con la Unión de Fuerzas Sociales, el énfasis en la resolución de problemas de la gente y la expresión de sectores sociales mediante su inclusión en las listas de candidaturas, como la alusión al electorado independiente, adquirirían sentido a partir de una interpretación específica de la sociedad como ámbito de intereses transparentes y productivos. Los votantes independientes responderían así de forma calculada a la expresión política de intereses sectoriales a través de la Unión de Fuerzas Sociales.

Frente o Unión: conflictos sobre la apertura

La línea política esgrimida por la Unión de Fuerzas Sociales en 1991 nos permite observar entonces los desplazamientos identitarios dentro de cierto bagaje tradicional peronista respecto de la figura del partido político, como así también el modo en que dicho formato electoral se volvió posible a partir de la articulación de algunos significantes disponibles y creíbles en ese contexto. Ahora bien, esta campaña no estuvo exenta de disputas, que muestran el carácter intrínsecamente conflictivo de todo proceso de identificación política.

En ese sentido, la incorporación de personalidades provenientes de sectores liberales del arco político provincial como asimismo el apoyo explícito a la Ley de Convertibilidad generó algunas controversias. El sustento generalizado al gobierno menemista impedía que los dirigentes se pronunciaran abiertamente en contra de la estrategia delineada por la línea interna dirigida por De la Sota, aun cuando se registraron comentarios sobre la falta de apoyo electoral y territorial del resto de las líneas competidoras. Sin embargo, existieron algunas manifestaciones de

¹² La figura del independiente surge en el espacio público argentino en el momento en que se consolida la práctica de las encuestas y sondeos de opinión electoral (Vommaro, 2008).

desacuerdo, de crítica al rumbo tomado por la campaña de la Unión de Fuerzas Sociales, si bien ocuparon posiciones marginales¹³.

En agosto de 1991, el candidato a gobernador por el Movimiento de Integración y Desarrollo (MID), Eduardo Carrillo, criticaba tanto a peronistas como radicales por sostener “las ventajas y las bonanzas del plan que lleva adelante Domingo Cavallo [...], creo que hoy el campo nacional se expresa en el silencio y nosotros le venimos a poner voz a ese silencio” (*La Voz del Interior*, 30/08/1991, p. 6 A). Allí, el lugar del partido también era colocado en el ámbito de lo negativo, ya que en las elecciones, por un lado, está “toda esta partidocracia que responde al plan económico [y por otro] el resto del pueblo que no comparte esto y que hoy no tiene una expresión electoral, porque justamente quien lo representaba, el justicialismo, ha sido vaciado ideológicamente”.

Ese vaciamiento formaba parte, en esa opinión, de “una verdadera estrategia política que tiende a quitarle canales de comunicación al pueblo en su conjunto”. Es decir, el MID sostenía su enunciación desde una diferenciación entre los partidos que respondían al plan económico nacional, y el pueblo dejado de lado. Ese pueblo era el excedente no contemplado por el sistema, resultado del daño, el fraude, la traición, el silenciamiento a su tradicional representación peronista.

En el mismo sentido, cerca de la fecha de las elecciones, una escisión del Partido Justicialista, denominada Acción Popular, criticaba a la Unión de Fuerzas Sociales y fundaba su decisión de presentarse a los comicios por fuera del aparato partidario:

Es la única opción que nos queda para recuperar el peronismo y reconstruir el movimiento nacional y popular [...], vamos por fuera del partido porque creemos en la justicia social como decisión política del gobierno y no como consecuencia de los excedentes de la economía [...], vamos por afuera, porque reconociendo nuestra vocación frentista recordamos que el general Perón también hacía alianzas, pero lo hacía con sectores que se sumaban al proyecto nacional y nunca con antiperonistas que vienen a imponer sus propias concepciones a espaldas del pueblo (La Voz del Interior, 04/09/1991, p. 4 A).

¹³ Dos de los entrevistados, dirigentes de diversa jerarquía durante la década de los noventa, coinciden en que no hubo mayores críticas al desplazamiento generado por el gobierno nacional entre 1989 y 1991 (entrevistas personales con Jorge Méndez, 16/11/2011, y Esteban Dómina, 15/04/2013). Incluso otra de las personas entrevistadas, muy cercanas a De la Sota, justificaba dicha actitud en la poca importancia que los sectores pauperizados dan a las diferencias ideológicas (entrevista personal con Olga Riutort, 26/04/2013). A diferencia de ellos, un entrevistado que militaba en el peronismo y se alejó de las estructuras partidarias a fines de la década de 1980, consideraba que en esa época no hubo debate sobre las privatizaciones, y cualquier alusión crítica en público era vista como “ridícula, anticuada” (entrevista personal con Víctor Montesco, 09/05/2011). Es decir, el recuerdo de la falta de discusión vela la segregación que experimentaron aquellos afiliados y militantes que no se identificaron con las transformaciones al interior del peronismo una vez Menem en el gobierno nacional. El mismo entrevistado relata la experiencia de una fallida reorganización partidaria marginal hacia 1995, bajo el nombre de Confederación Solidaridad.

Por su parte, De la Sota disputaba esas lecturas, ya que dicha línea política también reclamaba insertarse en la tradición del peronismo. Decía el candidato a gobernador:

Perón convocó a hombres y mujeres de todos los sectores. No les preguntó de dónde venían, simplemente les pidió que estuvieran de acuerdo hacia dónde iban. Humildemente nosotros repetiremos esa historia de apertura para que el justicialismo exprese lo social (LaVoz del Interior, 23/06/1991, p. 7 A)¹⁴

En el caso cordobés, como en otros momentos de su historia contemporánea, el problema político pasaba por la definición mínima y necesaria del peronismo, que, según De la Sota:

Tiene dos ideas centrales que no va a cambiar nunca. La primera es que el trabajo dignifica [...] y la otra idea es la justicia social [...]. Los mecanismos para crear riqueza van a cambiar a cada rato porque el mundo va cambiando. Y el peronismo trata de adecuarse a lo que son los momentos históricos del mundo. Hay que cabalgar sobre la evolución (LaVoz del Interior, 23/06/1991, p. 7 A).

De esa manera, la “vocación frentista” se volvía el objeto de la disputa. Por el lado del aparato oficial del Partido Justicialista, como hemos visto, dicho elemento tradicional se articulaba con el discurso hegemónico que distinguía a la sociedad y al Estado como extremos: de la transparencia y la espontaneidad, en la primera, de la opacidad y el egoísmo, en el segundo. Así, en las palabras de De la Sota, la apertura del partido a otros sectores sociales era formalmente una consecuencia de la actualización de dicha sustancia peronista, privilegiando el acuerdo con sectores particulares de la sociedad local y haciendo caso a las transformaciones históricas a las que el peronismo siempre se adaptó. En la línea política de la campaña de 1991, las instituciones del Estado y del partido no solo eran vistas como insuficientes en el proceso de cambio social —elemento propio de la sedimentación identitaria del peronismo desde su nacimiento y que había rearticulado el proyecto renovador en los ochenta—, sino que eran significadas como las culpables de la crisis argentina y cordobesa, por su carácter distorsivo y corrupto.

Lejos de ello, las expresiones críticas a dicha línea política, como las de Acción Popular o el Movimiento de Integración y Desarrollo (MID), no discutían el

¹⁴ Incluso los mensajes de De la Sota recuperaban la experiencia de inclusión de D. Cavallo en la lista de candidatos a diputados nacionales en 1987, al mismo tiempo que defendían el rumbo de la gestión nacional luego de la llegada de este economista a la cartera de Economía. “[E]n la Argentina hay un rumbo definitivo que permite visualizar signos de estabilidad porque hace apenas dos años vivíamos con un doscientos por ciento de inflación y hoy apenas llegamos a uno por ciento...” (LaVoz del Interior, 13/08/1991, p. 5 A). La experiencia de Cavallo como diputado nacional por el peronismo renovador, en 1987, permitía reinterpretar la noción de apertura partidaria con el éxito político. Para De la Sota, la experiencia de Cavallo era “la mejor demostración de lo bueno que es tener la mente abierta, de no ser sectario, de abrir las puertas del PJ” (LaVoz del Interior, 01/09/1991, p. 7 A).

elemento tradicional que daba “reconocimiento al protagonismo social”, sino la dirección que la jefatura partidaria imprimía a la apertura. Esa crítica era posible porque tales voces no veían a la sociedad como una distribución ordenada de diferencias sociales, sino como un campo surcado por un antagonismo estructurante de la realidad social argentina y por ende cordobesa: el que separaba al pueblo de los antiperonistas y la “partidocracia”. En ese mismo sentido, los críticos a la apertura del Partido Justicialista bajo el nombre de Unión de Fuerzas Sociales no suponían una inevitabilidad histórica centrada en lo económico, sino que valoraban la capacidad de gobierno para promover efectos sociales, como la justicia social.

Este reconocimiento de la “dimensión nacional popular” del fenómeno peronista los distinguía de la línea política oficial del Partido Justicialista, que promovía la apertura institucional bajo la consolidación de la dimensión “nacional estatal”, aquella que se volvía posible al partir de una interpretación técnica y atomista de la sociedad. Esto es, una visión neutral y ordenada de las prerrogativas que constituían la sociedad como una mera distribución diferencial de individuos y organizaciones sociales. En suma, la disputa por una supuesta esencia peronista que era traicionada, defraudada o silenciada muestra el carácter conflictivo de todo ejercicio iterativo, y por ende la politicidad que supone la rearticulación de significantes en nuevos marcos ideológicos¹⁵.

Para concluir: la apertura entre 1991 y 1998

Como hemos visto, la posibilidad de apertura y alianza con distintos actores sociales y políticos es parte de la tradición identitaria del peronismo. Hasta 1987, los portavoces del peronismo cordobés bajo el liderazgo renovador actualizaron la tradición frentista del peronismo a nivel nacional y provincial. Allí persistía una distinción entre lo social como espacio genuino y lo político-estatal como superficie jurídica que en la campaña de 1991 desplazó su sentido. En esa instancia, el Estado y los partidos políticos se entendieron como instituciones cerradas y nocivas frente a una sociedad transparente y promotora del crecimiento. La línea política de la Unión de Fuerzas Sociales adquirió sentido entonces a partir de cierta transformación en la recuperación de esa tradición socializante del peronismo, y su articulación con un lenguaje tecnocrático propio de los técnicos economistas que se expandió y se volvió disponible en el espacio público entre fines de los ochenta y principios de los noventa. Como resultado de ello, esta línea política en 1991 recuperó ciertas figuras del peronismo, pero al mismo tiempo desplazó su sentido. De esa manera, por una parte, la convocatoria de Perón equivalía a la mera expresión de lo social, silenciando la instancia representativa que ocupaba el

¹⁵ Ello incluso cuando los alcances electorales de estas expresiones críticas fueron muy exigüos. En las elecciones de septiembre de 1991, la Alianza Frente Popular logró 0,46% de los votos, mientras el Movimiento de Integración y Desarrollo alcanzó 0,28 y Acción Popular, 0,16 de los sufragios [datos extraídos del Atlas Electoral de Andy Tow, <http://andytow.com/atlas/totalpais/cordoba/1991g.html>].

líder. Por la otra, la transparencia de lo social ubicaba al peronismo como aquella fuerza que se adapta a procesos sociales aparentemente inevitables.

Así, tanto el papel del partido como la actualización de la tradición peronista referían a una específica interpretación de la relación que se establece entre la sociedad y la política, donde la representación se comprende como la mera expresión en el ámbito del Estado y el gobierno de intereses que ya están totalmente constituidos en el seno de lo social. El rol del partido era entonces el traslado aséptico y accesorio de demandas que por su carácter transparente no podían ser reconstruidas en un proyecto más abarcativo, sino meramente conducidas a los espacios políticos del Estado y el gobierno por sus portavoces originales.

En el mismo sentido, las transformaciones sociales marcadas por el fracaso de la experiencia socialista y la expansión de la economía financiera a comienzos de la década de 1990, eran interpretadas como inevitables. Frente a ellas, el peronismo se amoldaba, se adaptaba, volviendo imposible así la introducción de cualquier noción de cambio. Esa imposibilidad y esa adaptación se concedían entonces con una relación entre sociedad y Estado que no discutía los límites de esas topografías, y que aún más, clausuraba la posibilidad de una representación política que diera lugar a una dimensión subjetiva de la práctica política. Frente a la realidad social solo restaba expresarla, conformando una alianza con sectores de la sociedad local que evitara los vicios intrínsecos de los partidos políticos y que garantizara al mismo tiempo *la resolución de problemas* y *la administración del Estado*.

Retomando lo dicho más arriba, en 1998 la propuesta de Unión por Córdoba habitó un vocabulario político muy similar. La conformación de dicha Unión pretendía realismo y la adaptación a situaciones consideradas inevitables, tales como la modernización y la globalización. Tanto en 1991 como en 1998, el peronismo lideró una alianza con diversos sectores de la sociedad cordobesa bajo la premisa, profundamente ideológica, de que la sociedad es una disposición saturada de posiciones y funciones que deben ser canalizadas en el aparato estatal.

En suma, el análisis de los significantes y prácticas persuasivas puestas en juego en 1991 nos permite iluminar algunas características de la conformación de Unión por Córdoba durante 1998, en tanto ambas líneas políticas estaban atravesadas por un discurso hegemónico neoliberal en cuya articulación el peronismo local se transformó. Estos cambios en el sujeto político toman la forma de desplazamientos contingentes y parciales, que observamos en las gramáticas puestas en juego en el debate público.

En este sentido, lo que nos permite analizar la campaña de 1991 es la progresiva identificación del peronismo de la provincia con ese discurso hegemónico que contribuyó a consolidar, a partir de la articulación entre un elemento tradicional como la vocación frentista y un relato tecnocrático presente en la enunciación de técnicos economistas desde mediados de los ochenta. La transformación que se produjo en el propio seno de los dirigentes peronistas con respecto a la definición de lo que debía ser un partido, y de manera concomitante, de lo que debía ser la política, es una huella de ese proceso que marginalizó al mismo tiempo a las posiciones peronistas que aún reivindicaban la representación popular del peronismo

y que como hemos visto, criticaron la noción de apertura que fundamentaba a la Unión de Fuerzas Sociales.

En la década de 1980 existía una tensión entre el partido y el “protagonismo popular” que fue desplazada a comienzos de los noventa en pos de una canalización inmediata de demandas sociales a través de la inserción de “hombres y mujeres prestigiosos” en la alianza que nucleaba el peronismo cordobés. En esta instancia, durante la campaña de 1991, nos es posible observar cómo se configura una topografía del espacio público que conjuga la reivindicación apriorística de la sociedad como agente de cambio, y la renegación de la política y sus agentes como sectores aislados, interesados solo en el reparto de cargos y recursos. Allí se articula la *adaptación* como componente tradicional de la identidad política del peronismo, con la emergencia de la UFS en una iteración que retoma significantes disponibles y los rearticula de una forma creíble.

Si nos detenemos entonces en las dinámicas identitarias en la base del peronismo cordobés durante los noventa, podemos ver que el neoliberalismo emergió como un entramado de sentido que legitimó ciertas prácticas partidarias, a partir de una interpretación de la sociedad como distribución plena de funciones e intereses. Así, antes que un conjunto delimitado de medidas económicas, el neoliberalismo aparece como un discurso estructurado en una visión saturada de lo social y cuyos efectos sobredeterminan a su vez decisiones políticas específicas, como la conformación de uniones políticas en el peronismo de Córdoba entre 1991 y 1998¹⁶.

Referencias bibliográficas

- Abal Medina, J. M. (2004). *Los partidos políticos: ¿un mal necesario?* Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Aboy Carlés, G. (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina*. Rosario: Homo Sapiens.
- Beltrán, G. (2008). *Los intelectuales liberales: poder tradicional y poder pragmático en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Prometeo.
- Camou, A. (1998). “Saber técnico y política en los orígenes del menemismo”. En *Revista Perfiles Latinoamericanos*, n° 12, México: FLACSO.
- Closa, G. (2010). “Las transformaciones en el peronismo de Córdoba”. En Tcach, Cesar (coord.), *Córdoba bicentennial. Claves de su historia contemporánea* (pp. 493-516). Córdoba: Centro de Estudios Avanzados.

¹⁶ Si bien los límites de este trabajo impiden una reflexión más acabada sobre las líneas de continuidad de esta identificación neoliberal de Unión por Córdoba durante la primera década del siglo XXI, es pertinente destacar la persistencia de esta propuesta electoral en la provincia de Córdoba luego de la agudización del ciclo de protestas sociales de fines de 2001 en la Argentina. Si bien ese diciembre de 2001 marcó fuertes rupturas, la supervivencia de Unión por Córdoba y de un proyecto político centrado en la crítica a los “costos de la política” y la necesidad de introducir reformas gerenciales en el Estado, permite matizar el fuerte contraste que en ocasiones se realiza entre la continuidad y el debilitamiento del discurso neoliberal en Córdoba, y más en general en la Argentina, desde principios de este siglo.

- Di Rienzo, G. (2009). “El nuevo Estado cordobés. La ley de reforma del Estado Nuevo y la creación de la Unicameral, bajo la gestión de José Manuel de la Sota”, ponencia presentada en el *VI Encuentro Interdisciplinario de Ciencias Sociales y Humanas*, Córdoba.
- De Ípola, E. y Portantiero, J. C. (1989). “Lo nacional-popular y los populismos realmente existentes”. En De Ípola, E., *Investigaciones políticas* (pp. 21-36). Buenos Aires: Editorial Nueva Visión.
- Derrida, J. (1998). *Márgenes de la filosofía*. Madrid: Cátedra.
- Katz, R. y Mair, P. (2004). “El partido cartel. La transformación de los modelos de partidos y de la democracia de partidos”. Traducción de María Jiménez Buedo. En *Revista Zona Abierta*, n° 108/109, pp. 9-42. Madrid: Fundación Pablo Iglesias.
- Laclau, E. (2000). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión.
- Laclau, E. y Mouffe, C. (2005). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Leiras, M. (2007). *Todos los caballos del rey. La integración de los partidos políticos y el gobierno democrático de la Argentina, 1995-2003*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Levitsky, S. (2005). *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Mair, P. (1997). *Party system change: approaches and interpretations*. Oxford: Clarendon Press.
- Morresi, S. (2009). *La nueva derecha argentina*. Buenos Aires: UNGS.
- Panebianco, A. (2009). *Modelos de partido. Organización y poder en los partidos políticos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Reynares, J. M. (2012a). *La identidad política de la renovación. El peronismo cordobés en la transición democrática*. Villa María: EDUVIM.
- . (2012b). “La dimensión ideológica en el estudio de los partidos políticos. Una propuesta de lectura desde el posestructuralismo”. En *Revista Trazos Universitarios*, Santiago del Estero: Universidad Católica de Santiago del Estero.
- . (2012c). “La política en boca de expertos: tecnocracia y consolidación neoliberal”. En Bonetto M. S. y Martínez, F. *Política y desborde. Más allá de una democracia liberal* (pp. 75-108). Villa María: EDUVIM.
- Rothstein, B. (2001). “Las instituciones políticas: una visión general”. En Goodin R. y Klingemann H.-D. (eds.), *Nuevo manual de ciencia política*. Madrid: Ediciones Istmo.
- Shaw, E. (1996). *The Labour Party since 1945: Old Labour, New Labour*. Oxford: Blackwell.
- Vommaro, G. (2008). “Lo que quiere la gente”. *Sondeos de opinión y el espacio de la comunicación política en Argentina (1983-1999)*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Fuentes consultadas

Diario *La Voz del Interior* [LVI]

Documento partidario *Programa de Gobierno de Unión por Córdoba*

Documento partidario *Equipos de Técnicos y Profesionales de Unión por Córdoba*

Revista *Unidos*

Sitio web del Atlas Electoral de Andy Tow: <http://andytow.com/atlas/totalpais/index.html>